

## UN DÍA CUALQUIERA EN LA RUTINA

**Antonio J. Casares Tejada**

El tío era bajito y rechoncho pero su cara impresionaba. De esos a los que se les ve venir y procuras no cruzarte en su camino. La verdad es que no sé contra quién iba a descargar su mala leche, pero llevaba una expresión que asustaba. Su colega no tenía esa pinta pero era bastante más grande, y eso lo hacía igualmente temible. Ya puestos a arreglar el día, después del reventón de la rueda y de los sesenta euros que me sablearon, le dije que se quitara de en medio y que no molestase a ese grupo de críos a los que estaba amedrentando.

- ¿Tú quién eres, capullo? ¿A qué coño vienes?

- ¿Por qué no dejas a estos chavales tranquilos?, ¿qué quieres, robarles el bocadillo o el dinero que les da su madre para chuches? ¿No eres mayorcito para eso?

- Pero bueno, ¿tú eres tonto?

La gente ya empezaba a prestar atención a la movida, pues el parque estaba concurrido. Algunos que ya me conocían se daban con el codo.

- Deberías intentar aprovechar el tiempo y hacer algo para ganarte la vida, ¿no? Cada día se te ve más grande la calva.

- ¡Agárrame a éste que lo voy a machacar! ¡Tráelo para acá!

Al principio el trote era suave, lento, me permitía mantenerle la mirada y correr hacia atrás sin ningún esfuerzo. Cuando ya eran los dos los que me perseguían me daba la vuelta, pero todavía sin forzar, solo me giraba y corría de espaldas un poco más para avivarles el cabreo, pues les dejaba acercarse lo suficiente como para que me tuvieran casi al alcance.

- ¡Qué hijo de... argh! ¡Ven aquí! Espera que te coja, que te vas a enterar...

Así durábamos unos quince minutos, que era cuando empezaban a aparecer sus amigos con las motos. Esos *scooters* se meten por cualquier sitio, pero aún les siguen costando los virajes de ciento ochenta grados en las aceras estrechas. Si la cosa se ponía fea, me iba hacia las jardineras y las pasaba saltando, obligándoles a ir hasta el final de la calle y dar la vuelta.

Cuando el grupo de perseguidores rondaba los quince, el tema se empezaba a poner feo, así que me dirigía a la entrada de metro de la avenida. Bajaba la escalera de tres en tres escalones mientras me iba sacando del bolsillo el billete. La presencia del vigilante los disuadía de seguir intentando cogerme.

Otro día más había cumplido con el objetivo de mi programa. Nada como un poco de adrenalina para hacer más divertida e intensa una sesión de fartlek.

Mis amigos me siguen diciendo que correr no es un deporte de riesgo.